

Jean-Louis Rebillou *

Discurso político, discurso de la pasión **

EL ANÁLISIS DE las prácticas sociales protagonizadas por los venezolanos en este fin de siglo, caracterizado por una profunda crisis, es determinante a la hora de detectar cualquier modificación o cambio que incida en el juego de las relaciones de poder.

Al efecto, en el plano epistemológico se define como democracia a la articulación de los conceptos de libertad e igualdad, y se postula al ser como unidad producto de la síntesis entre lo individual y lo social.

Luego se escoge como espacio investigativo el discurso político y se recurre al constructo teórico-metodológico de la Escuela de París (*cf.* Coquet, 1982), complementado con los aportes de Landowski (1989; 1993) para la reflexión más específicamente de orden socio-semiótico. Por otra parte, el estudio de la dimensión pasional del discurso tiene como marco teórico de referencia la obra fundamental de Greimas y Fontanille (1991). Mediante la presente investigación, se propone, ante todo, contribuir al desarrollo de una sociosemiótica venezolana y latinoamericana.

Se define como discurso político toda realización ver-

* Escuela de Idiomas Modernos. Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación. INICO-Instituto de Filosofía.

** Ponencia presentada en ocasión del I Coloquio Latinoamericano de Análisis de Discurso. Caracas, febrero de 1995.

bal cuyo destinatario es un actante colectivo y cuya isotopía temática dominante se centra en la dinámica de las relaciones entre poder y sociedad. La modalidad electoral, escogida como universo discursivo empírico para el presente trabajo, se ajusta rigurosamente a las referidas definiciones. Para cerrar este breve marco referencial es menester arriesgar —con toda la humildad del caso— una definición del concepto de ideología: se enfocará la ideología como sistema de producción y transformación del sentido generado por un discurso, cualquiera que éste fuere. Mi responsabilidad como analista consiste en proponer estrategias para la interpretación de los discursos, y, al respecto, soy de la opinión de que existen estrategias interpretativas más congruentes que otras. No obstante, a mi juicio por lo menos, la elaboración de una teoría de las interpretaciones excede el campo de pertinencia de cualquier constructo semiótico y pasa a conformar el objeto de lo que sería una teoría de las ideologías. Lo anterior no lleva implícita la pretensión de realizar un análisis “objetivo” en el sentido de exento de toda postura ideológica, sino que destaca que cualquier estrategia interpretativa tiene como eje último —¿o primero?— de coherencia la postura ideológica del analista. La consecuencia está a la vista: elegir entre varias estrategias interpretativas es, en última instancia, cuestión de elección ideológica. Pretender describir sin implicación ideológica alguna es mera ilusión, porque, en buena lógica, conlleva necesariamente una postura ideológica.

El discurso político-electoral (DPE) de Rafael Caldera durante la última campaña presidencial (1993), constituye nuestro campo de investigación interpretativa. Todo DPE, obviamente, busca inducir una transformación cognoscitiva en su destinatario, llevándolo a identificarse con una propuesta de conducción social. La tarea del analista, por ende, consiste en la dilucidación de las estrategias que generan las homologaciones que fundamentan la eficacia del discurso, o, en otras palabras, que tienden a lograr la adhesión del destinatario.

Básicamente, el discurso del hacer hacer —o manipulación— se desarrolla en torno a dos ejes paradigmáticos: uno, de orden racional; otro, de orden afectivo. Mediante el presente trabajo se busca, por una parte, detectar los recursos discursivos que logran la integración de ambos paradigmas para construir de esta manera un espacio consensual entre los actores de la comunicación, conformando, asimismo, su eficacia y, por otra parte, hacer hincapié en los parámetros afectivos, puesto que éstos son los que menos han retenido la atención de los estudiosos, hasta el momento por lo menos, aunque algunos, tales como Álvarez Junco, han destacado claramente su relevancia para la cabal comprensión del discurso político: “La consideración de los aspectos emocionales debería proporcionar indudable profundidad a los análisis del discurso político.”¹ El mismo Caldera induce a privilegiar la dimensión emotiva de su discurso al declarar en el programa Primer Plano de RCTV (02/12/93): “. . . yo traduje lo que estaba, en este momento, constituyendo una corriente de emoción y de angustia entre todos los venezolanos”. Con estas palabras, se refiere a su actuación en el Congreso en ocasión de la asonada del 4 de febrero de 1992. Para los efectos de la presente ponencia, nos referiremos al siguiente material:

Caldera, R. *Dos discursos*: 27 de febrero 1989 y 4 de febrero 1992. Caracas, Editorial Arte, 1992.

Caldera, R., *Mi carta de intención con el pueblo de Venezuela*. Caracas, Joaquín Ibarra Impresores, 1993.

Grabación de Primer Plano, RCTV. Al aire los días 14/11 y 02/12/93.

La inclusión de los discursos del 92 se justifica por la misma referencia que Caldera hace y por la necesidad de no desvincular el presente de la enunciación enunciada del proceso discursivo calderiano en su globalidad, enfocado de manera dinámica, vale decir no como avenir, sino como devenir.

¹ Álvarez Junco J., “Magia y ética en la retórica política”, en Álvarez Junco, J. (comp.), *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*. Madrid, Siglo XXI, 1987, p. 220.

I. DISCURSO POLÍTICO-ELECTORAL Y PASIÓN

En la "recapitulación" de *Mi carta de intención con el pueblo de Venezuela* (pp. 43-44), se hace patente la dimensión afectiva del DPE de Caldera. De hecho, la muestra es significativa.

Al país *lo angustia* la inseguridad en que se vive...
Al país *lo angustian* el alza creciente del costo de la vida, la inflación y la devaluación incontenible...
Al país *lo irrita* el deterioro inaceptable de los servicios públicos...
Al país *lo indigna* la corrupción desenfrenada...

De lo anterior se desprende lo siguiente: el sujeto enunciador no sólo relata los estados de ánimo del pueblo, sino que los justifica: "Al pueblo lo indigna la corrupción desenfrenada, a la cual atribuye *con razón* buena parte de la responsabilidad en la grave crisis que vivimos." (cf. *supra*, p. 44). La justificación de la indignación del pueblo procede de la experiencia negativa compartida: "...en la grave crisis que vivimos". De esta manera, Caldera se define como coafectado por la situación del país, lo que lo legitima como sensor apto para captar los afectos del pueblo. En otras palabras, Caldera deja sentada su simpatía con el pueblo, definida etimológicamente como capacidad para sufrir junto con alguien. De igual modo, el discurso calderiano se afirma como espacio de sintonía afectiva entre el sujeto enunciador y el enunciario. Esta dimensión consensual de tipo afectivo pone de manifiesto que el DPE de Caldera no es discurso de la convicción, que todavía presenta rasgos de polemicidad, sino discurso de la persuasión, tal y como lo definiera Joubert hace más de un siglo: "A los demás, uno puede convencerles con las razones de uno, mas no puede persuadirles sino con las de ellos."² De hecho, para Caldera, el otro no es enfo-

² Joubert, J., en Greimas, A. J., *Du Sens II. Essais sémiotiques*. París, Seuil, 1983, p. 123 (traducción nuestra).

cado como posible adversario, sino que él mismo, como sujeto enunciador, se constituye en imagen emotiva del enunciario, virtualizando, asimismo, la oposición *Ego vs. Alter*. Por ende, la manipulación calderiana no se rige por el saber sino por el creer, puesto que se desprende de un discurso en el cual, tanto para el enunciador como el enunciario, el otro resulta siendo la imagen y semejanza de su propia sensibilidad. Dicha ilusión comunicativa —cuyas implicaciones narcisistas son patentes— es fundamental para la cabal comprensión de la discursividad calderiana en ocasión de la última campaña presidencial.

En efecto, la construcción "en espejo" no se queda ahí. De la misma manera que Caldera se erige como Destinador-Judicador frente a los responsables de la grave crisis que vive el país (como coafectado y como antidestinador a través de su propuesta correctiva), el pueblo es invitado a actuar como codestinador-judicador mediante el correspondiente programa electoral, que le compete llevar a cabo. No obstante, es menester observar que su estatus de codestinador se ve seriamente afectado por el hecho de que si bien sanciona con su voto no participa en la elaboración de la alternativa programática. La misma es competencia exclusiva del candidato y su equipo asesor. Esto define al pueblo como adyuvante del destinador y restablece claramente la oposición *Ego vs. Alter* anteriormente virtualizada por la identidad de los recorridos patémicos de ambos sujetos constitutivos del sujeto de la enunciación. De paso, por el mismo hecho, el presidente electo no recibe ningún mandato real del pueblo, quedando, así mismo, como presidente, pero no como primer mandatario, lo que pone claramente de manifiesto en qué consiste la ilusión democrática.

Queda a la vista que la dimensión pasional del discurso juega un papel fundamental. Tanto es así que permite, incluso, fundamentar la función prospectiva y planificadora inherente a toda práctica discursiva de tipo electoral. De hecho, Caldera convoca tan sólo dos

espacios pasionales: la angustia y la irritación/indignación. A la irritación/indignación corresponde el rechazo, cuya descripción modal es "no querer más". En cambio, la angustia manifiesta claramente una falta de respuesta frente al presente y el futuro, cuya transcripción modal es "no poder querer todavía", por falta de objeto de querer. La anterior aspectualización de las modalidades del enunciatario crea un espacio modal que se ajusta perfectamente a lo que Greimas define como protensividad (cf. Greimas-Fontanille, 1991, pp. 33-35), característica de todos los esquemas discursivos pasionales. El aspecto terminativo del "No querer más" cierra la protensividad; en cambio, el "No poder creer todavía" genera la incoatividad de un "querer creer", imprescindible para la fundamentación lógica del "No poder creer todavía" y restablece la protensividad, tornando posible, por tanto, la construcción de la dimensión fiduciaria, determinante en un discurso regido por el creer. El mismo Caldera convalida la teoría al escribir: "Eso es, en efecto, lo que mi pueblo está reclamando. Por tener confianza en la sinceridad de mi palabra y de mi conducta, me mantiene tercamente su respaldo..." (*id.*, p. 45).

Cabe destacar, no obstante, que "lo que mi pueblo está reclamando" no ha sido determinado por el mismo pueblo sino por el candidato, quien se lo propone como objeto de valor. Al aceptarlo como tal, el pueblo se compromete a votar por él. Pero su voto no significa: "Coincidimos", sino: "Eres el presidente ideal." Ideal, porque me reconozco en ti. Los límites de esta ponencia no permiten profundizar el análisis. Sin embargo, pensamos haber dejado claramente sentada la importancia de la pasión como elemento determinante de la efectividad del DPE de Caldera.

II. DISCURSO POLÍTICO-ELECTORAL Y MITO

Ya pusimos de manifiesto que Caldera apela a la emoción para construir un espacio interpasional común a él

y al otro, virtualizando, asimismo, la oposición *Ego vs. Alter*, lo que abre la posibilidad de enfocar su discurso como discurso mítico en la medida en que todo discurso mítico es "un relato que se desarrolla de tal manera que una conciliación de los contrarios tales como naturaleza y cultura, vida y muerte o identidad y alteridad es dada como posible".³ A continuación, se pondrá de manifiesto que el discurso electoral calderiano construye su propia dimensión mítica, como elemento más de su eficacia manipulatoria.

Al enfocar la dimensión política de su programa de acción, Caldera escribe: "El nuevo Congreso debe asumir de inmediato, al instalarse, su función constituyente. Su principal orientación debe ser complementar la democracia *representativa* con la democracia *participativa*. El pueblo debe ser escuchado y debe sentir que comparte el poder" (*id.*, p. 9).

Al asignar esta tarea al Congreso, el candidato se erige como actante destinador, suficientemente acreditado para no errar al plantear cómo mejorar la democracia venezolana. De hecho, el mismo Caldera no vacila en otorgarse las respectivas credenciales: "Nosotros los fundadores luchamos con muchos venezolanos para establecer la democracia en Venezuela. Costó trabajo, pero se estableció, se mantuvo. Ha sido un ejemplo para América Latina." Caldera, *Primer Plano*. RCTV, 14/11/93.

En calidad de fundador, Caldera se define como depositario de la autenticidad inicial y consolida la dimensión mítica de su discurso al vincularlo con el tema de los orígenes. A la vez, se atribuye la suficiente autoridad para definir el nuevo deber ser de la democracia venezolana y proponerlo como objeto de valor al pueblo indignado y angustiado, transformando, de esta manera, la valencia característica de la protensividad en valor manifestado para la pasión calderista, previamente asumida como pasión calderiana. Al respecto, nos parece muy aguda la siguiente observación de Guariglia: "La

³ Floch, J. M., *Sémiotique, marketing et communication*. Paris, PUF, 1990, p. 143.

ideología se relativiza al ponerse al servicio del hecho; su contenido se convierte en pura contingencia. No importa su relación cognoscitiva, sino sólo su función cohesionadora, emocional. Así entendida, cumple la misma función que el mito, con el cual se identifica.”⁴

Como discurso de los orígenes, el DPE de Caldera plantea la posibilidad de una reflexión en términos de ontología del poder, que el mismo Caldera desarrolla en un artículo suyo publicado en *El Globo* del día 01/12/93, p. 19, titulado “Juan Pablo II a los venezolanos”, en el cual destaca la similitud entre las palabras del Papa y su propio discurso:

... dijo que es necesaria la solidaridad y con ella la visión del bien común para la reconstrucción de nuestro país.

... En nuestra Carta de Intención hablamos de “reconstruir moral, económica y socialmente la nación”.

Luego prosigue de la siguiente manera: “... El Papa recomendó “distribuir más justamente las riquezas, reduciendo las profundas desigualdades que ofenden a la condición de humanos, hijos de un mismo Padre y copartícipes de los dones que el Creador puso en manos de todos los hombres.” [...] “Es difícil negar que este discurso es uno de los documentos de mayor trascendencia que la Cátedra de Pedro ha producido para los católicos de Venezuela; y para los que, sin ser católicos, comparten la común aspiración de tener una nación feliz.” [...] “El Papa, por supuesto, sabe que Venezuela está en las puertas de una decisión cuyas consecuencias serán de mucha trascendencia. Se sintió obligado, como pastor, a orientar su rebaño.” Todo está claro: el destinador último es Dios, ya que la única candidatura ajustada a sus preceptos es la de Caldera, según se desprende de las mismas palabras del Santo Padre, repre-

⁴ Guariglia, O., *Ideología, verdad y legitimación*. Buenos Aires, FCE, 1993, p. 109.

sentante de Dios en la Tierra. De resultar electo, el poder de Caldera se encuentra perfectamente legitimado como expresión de la voluntad de Dios, recordándonos, asimismo, el viejo refrán *Vox populi, vox Dei*, cuyas resonancias son sensibles en el discurso de Caldera.

Ello nos lleva, para finalizar, a reflexionar acerca de la relación entre protensividad y devenir. De hecho, según lo señalan Greimas y Fontanille en su obra *Sémiotique des passions*, “poca cosa separa realmente estas nociones: ‘protensividad’, ‘orientación’ y ‘devenir’ denominan, con matices y enfoques distintos, la misma cosa: la protensividad es la primera consecuencia modal de la escisión, la orientación es su propiedad figural, el devenir es el producto de un desequilibrio de las tensiones que convalida la escisión. No obstante, el término ‘devenir’, además de que se maneja intuitivamente de manera más fácil que el de ‘protensividad’, presenta una doble ventaja. Por una parte, como precondición remitiendo al nivel epistemológico, incita a afinar el análisis de la protensividad; conlleva la obligación de concebirla a la vez como orientación y evolución, vale decir, como portadora de una historicidad; en este sentido, el devenir es compatible con hipótesis vinculadas con la evolución antropológica y biológica.”⁵ Lo anterior es fundamental para nosotros, como analistas del discurso político.

De hecho, cabe destacar que en el caso del DPE de Caldera, mediado por el mito de los orígenes y la tutela de Dios, el devenir se transforma en destino, vale decir en devenir ineludible porque signado por “la intervención de la mano de Dios en la Historia”, tal como lo expresara el mismo Caldera en su alocución pronunciada el día 14 de diciembre de 1993 en su calidad de virtual presidente electo, lo que no deja de ser muy limitante en términos de democracia. Será nuestra advertencia de cierre.

⁵ Greimas, A. J., Fontanille, J., *Sémiotique des passions*. París, Seuil, 1991, p. 35 (traducción nuestra).

Referencias Bibliográficas

- Alvarez Junco, J., "Magia y ética en la retórica política", en Alvarez Junco, O. (comp.), *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*. Madrid, Siglo XXI, 1987.
- Caldera, R., *Dos discursos*, 27 de febrero 1989, 4 de febrero 1992, Caracas, Editorial Arte, 1992.
- *Mi carta de intención con el pueblo de Venezuela*. Caracas, Joaquín Ibarra Impresores, 1993.
- "Juan Pablo II a los venezolanos", en *El Globo*, 01/12/93, p. 19.
- *Primer Plano*. RCTV, 14/11/93 y 02/12/93.
- Coquet, J. C., et al., *Sémiotique. L'école de Paris*. París, Hachette Université, 1982.
- Greimas, A. J., Fontanille, J., *Sémiotique des passions. Des états de choses aux états d'âme*. París, Seuil, 1991.
- Guariglia, O., *Ideología, verdad y legitimación*. Buenos Aires, FCE, 1993.
- Landowski, E., *La société réfléchie, Essais de sociosémiotique*. París, Seuil, 1989.
- "Étapes en sociosémiotique", en Decrosse, A., *L'esprit de société, Vers une anthropologie sociale du sens*. Lieja, Mardaga, 1993, pp. 105-128.